

AL NORTE DEL NORTE; NUEVO MÉXICO EN LA ESFERA POLÍTICO-COMERCIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS (1821-1848)

*Ricardo León García**

* Investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Recepción: junio 26 / Aceptación: agosto 6

Resumen

La corta duración que tuvo la región conocida como Nuevo México dentro del ámbito jurisdiccional de México, como país independiente de España, se caracteriza por una insistente penetración de comerciantes provenientes del entonces Far West de los Estados Unidos. A la necesidad de los nortños nuevomexicanos, derivada del aislamiento y un secular adormilamiento económico, se agrega una crisis financiera estadounidense que empuja a los endeudados agricultores a encontrar alternativas para evitar la pérdida de sus terrenos de cultivo ante la presión de sus acreedores bancarios. Todo este periodo se enmarca también por el intento de control de las actividades económicas desde las cabeceras nacionales en Washington (guiados por el destino manifiesto) y la ciudad de México. Unos pensaban en la expansión y sus beneficios, mientras que los otros planteaban siempre los riesgos de ser tan permisivos con los vecinos.

Palabras clave

Nuevo México, penetración, Estados Unidos, aislamiento, crisis financiera, destino manifiesto

Abstract

The New Mexico was only part of Mexico, independent from colonial Spain, for a relatively short time. During this under-studied period, the area was characterized by the constant penetration by merchants from the "far west" of the United States. During this period, New Mexican northerners had to face an American financial crisis caused by relative isolation and a slow secular economy. Farmers that found themselves in debt, had to find alternatives to avoid the losing their land to bank collectors. This period was also characterized by efforts centered at state capitols in both Washington (spurred by the ideals of Manifest Destiny) and Mexico City that tried to control of the burgeoning territory's economy. While some people considered expansion and its benefits, others focused on the risks of being too permissive with the neighbors.

Keywords

New Mexico, penetration, United States, isolation, financial crisis, Manifest Destiny

Al finalizar la era colonial, los habitantes del septentrión de la antigua Nueva España encontraron nuevas formas para la sobrevivencia. La condición de lejanía con respecto a los centros de poder político y económico del nuevo país y la presencia cada vez mayor de nacionales de los Estados Unidos, permitió la ruptura de las antiguas trabas comerciales con la sociedad anglosajona. En este trabajo se intenta hacer una breve caracterización de las maneras como los pobladores del Nuevo México se vincularon a los circuitos mercantiles estadounidenses sin romper del todo con sus tradicionales fuentes de intercambio.

Para alcanzar esta primera propuesta de análisis, se ha tratado de vincular al conjunto de obras historiográficas producidas desde fines del siglo XIX. De alguna manera, representan un esfuerzo de síntesis del conocimiento hasta la publicación de cada una de ellas. A partir de lo tratado y afirmado por este grupo de autores, la búsqueda de información en los archivos que confirme o establezca nuevos derroteros de la investigación, podrá llevarse a cabo con un tanto de mayor seguridad.

LA APERTURA DEL NORTE DE MÉXICO

Durante la época colonial, el Nuevo México dependió de manera vital de las rutas de abasto procedentes del sur. La legislación española, por otro lado, le impedía la libertad de buscar sus propios mercados. Los habitantes del extremo norte de la Nueva España estaban a expensas de los comerciantes provenientes de Chihuahua, tal como lo asentó Warren A. Beck:

Los comerciantes de Chihuahua, quienes habían obtenido el control de las antiguas caravanas de las misiones hacia la mitad del siglo dieciocho, dominaban

1. Ver Rothbard, 2014.

el comercio del Nuevo México. Sus caravanas anuales traían las mercancías que trocaban en Taos por materias primas que retornaban a la provincia. [...] Un informe de 1804 enfatiza la desventaja de la provincial pues sus exportaciones se calculaban tan solo en 60 mil pesos mientras que sus exportaciones sumaban 112 mil pesos. (1962: 99-100)

Obviamente, la observación de Beck proviene de una lógica económica un tanto diferente a la que se tenía dentro del ambiente colonial.

La cantidad de comerciantes, aventureros y buscadores de pieles que se adentraron en territorio de Nuevo México, Texas, Arizona, Colorado y California, se incrementó de manera extraordinaria a partir de 1821, cuando fue decretada la independencia de México. A partir de los asentamientos fronterizos del entonces extremo oeste norteamericano, sobre el río Missouri, las oleadas de viajeros en busca de mejores horizontes económicos fueron constantes, teniendo como primera meta, pronto rebasada, la ciudad de Santa Fe, en la provincia del Nuevo México. Casi al mismo tiempo de la separación política entre México y España, la Unión Americana aceptó a Missouri como estado esclavista, con lo que tuvieron un mayor empuje los intentos de controlar la actividad comercial del norte mexicano (Moorhead, 1958: 59).

Cabe hacer mención que no solamente se debe entender esta expansión como la oportunidad que dio la independencia, sino también por lo asfixiada que se encontraba la economía rural del oeste estadounidense a partir de la crisis financiera de 1819, cuando miles de agricultores se vieron amenazados de perder sus tierras ante la baja del precio del algodón y la exigencia de los bancos para cobrar los créditos de manera inmediata.¹

Fue de esta manera como, al parecer, dos economías típicamente agrícolas iniciaron un proceso de intercambio de bienes, sacando la parte estadounidense mayor ventaja de ello, pues aprovechó las oportunidades del sistema comercial de ese país. A los empresarios del Missouri les era más fácil que a los mexicanos adquirir y transportar mercancías del este de los Estados Unidos y de Europa. Tendrían que pasar varios años para que algunos nuevomexicanos y chihuahuenses se aventuraran a hacer la tra-

vesía hasta Missouri para abastecer por sí mismos sus establecimientos comerciales y los de otros paisanos.

En el caso del desarrollo económico del Missouri, Lewis E. Atherton ha evaluado a los comerciantes que, teniendo su base de operaciones en Missouri, insistieron en establecer un intercambio sostenido con Santa Fe. Atherton sostiene que, en una época anterior al desarrollo industrial estadounidense, estos comerciantes fueron los que le dieron fuerte impulso a la acumulación de capital que posteriormente resultó como uno de los estímulos para la industrialización de ese país. Este autor también es de la idea de que quienes emprendieron la aventura de comerciar con la gente de Santa Fe, formaban parte de amplias y poderosas agrupaciones mercantiles que extendieron sus lazos hasta la costa oriental y en ultramar, al aprovechar las necesidades de mercancías que se iban creando en Nuevo México (Atherton, 1982: 2).

La pertenencia a circuitos mercantiles más amplios descrita por Atherton, motivó un desarrollo más o menos acelerado en las estructuras organizativas y de inversión de los negocios de la zona del Missouri. Desde 1821, fueron algunos agricultores ansiosos por dejar de pertenecer al estrato económico más bajo de la sociedad missouriana los primeros en empacar algunas mercancías para trasladarlas a lomo de bestia a través de las praderas hasta alcanzar Santa Fe y vender los bienes que habían adquirido en Saint Louis o Independence; con el paso del tiempo, ellos mismos contratarían ayudantes y comprarían carros (*wagons*, jalados por bueyes o mulas) para mover la carga.

La siguiente escala en este proceso fue la participación de otro u otros socios inversionistas, quedando en manos del más experimentado la travesía y las operaciones de compraventa en Santa Fe o un punto más alejado, mientras el resto de los socios establecía contactos con los mayoristas en la costa este o Nueva Orleans. Después, uno de estos socios se iría a vivir a Nueva York, Pennsylvania o Massachussets para fungir ya como agente mercantil de la compañía asentada en Missouri, usando sólo empleados de confianza a quienes se les encargaba el traslado de la mercancía hasta Santa Fe o la ciudad de Chihuahua.

Una de las últimas escalas en este ascenso era la fundación de una empresa bancaria que se haría cargo de manejar las cuentas de un gran grupo de comerciantes que mantenía relaciones con

2. No hay mucha claridad sobre el origen de la plata que mencionan tanto estos autores. Bien es sabido que la explotación legal de los yacimientos del norte mexicano cayó en los últimos años de la administración borbónica y entró en crisis definitiva a partir del México independiente. Al menos en la región chihuahuense, la plata comenzó a producirse de nuevo al final del periodo que abarca el presente trabajo.

el territorio mexicano y que, además, proveía de crédito a otros que apenas iniciaban o transformaban sus negocios. El manejo de moneda mexicana de plata, de barras de metales preciosos y de polvos de oro y plata, cada vez más constante en Missouri, gracias al intercambio con Nuevo México y Chihuahua, fue un factor fundamental para el establecimiento de los negocios bancarios (Moorhead, 1958: 188-189; Weber, 1982: 129).² Por otro lado, la interrelación con otro tipo de actividades no estaba ausente; estos comerciantes se aventuraron también a participar en el tráfico de pieles, en el abasto al ejército norteamericano, y a financiar programas de colonización en la frontera que día a día se expandía hacia el oeste.

Pero la avalancha comercial de Missouri pronto agotó el tamaño de la economía nuevomexicana, caracterizada por estar formada por pocos consumidores con un poder de compra muy limitado. La respuesta fue la expansión hacia otras zonas, quedando por mucho tiempo Santa Fe como puerto de entrada para las mercancías que buscaban mercados más amplios como los de Chihuahua (Moyano, 1976: 29; Moorhead, 1958: 63).

LA GANANCIA DE MISSOURI

Si el proceso de intercambio de bienes con las comunidades fronterizas del Missouri fueron trascendentales para la población del Nuevo México y de Chihuahua, por la oportunidad de contar con manufacturas importadas a precios aparentemente accesibles, el sacrificio que significaba viajar desde Independence o Saint Louis hasta Santa Fe, Chihuahua y a veces hasta San Juan de los Lagos, era remunerado con creces dentro de territorio mexicano. Hacia la década de 1830, la plata acuñada mexicana en Missouri había adquirido curso legal (Weber, 1982: 129) y de hecho parece que era la única moneda efectiva en circulación – *hard money*:

Como resultado de la expansión del comercio de Santa Fe hacia el sur, los comerciantes de Missouri y de un número cada vez mayor de otros estados del oeste, llevaron a casa efectivo en metálico – monedas y barras de plata en pesadas talegas de cuero. Incalculables [sic] cantidades de plata que

durante algunos años rebasaron los doscientos mil dólares, fluyeron a los Estados Unidos por esta ruta. A principios de la década de 1830 el *peso* de plata, más o menos equivalente en contenido de plata con el dólar estadounidense, se había convertido en el principal medio de intercambio en Missouri y permitió estabilizar el sistema monetario de los estados y territorios occidentales, donde se despreciaba el papel moneda que había circulado ante la escasez de metal. (Ibíd.)

Fue tal la importancia de los *Mexican dollars*, que resultaron la salvación para los bancos del estado de Missouri durante la crisis de 1837 y la posterior depresión. Por cierto, los únicos bancos en toda la Unión Americana que pudieron evitar declararse en quiebra fueron los de Missouri, gracias a sus reservas efectivas producto de los depósitos realizados por los empresarios mercantiles que se habían apoderado del comercio de Santa Fe. Weber puntualizó la preminencia de estos bancos locales durante ese periodo convulso que se prolongó de 1837 a 1842. Durante ese lapso, los depósitos realizados por los comerciantes de Santa Fe se convirtieron en el oxígeno necesario para mantener a la región libre de las amenazas de la depresión extendida por todo el territorio estadounidense (Moorhead, 1958: 189).

EL TAMAÑO DEL COMERCIO

Las únicas referencias cuantitativas sobre el intercambio comercial entre Chihuahua y Missouri, vía Santa Fe, son las publicadas en 1844 por Josiah Gregg en su *Commerce of the Prairies*. A partir de entonces, cuanto historiador y cronista ha intentado abordar el tema, sólo ha transcrito las cifras de Gregg con algunos añadidos que no llegan a convertirse en series para formular un modelo que conduzca a una caracterización precisa de la importancia de esta relación de intercambio (Gregg, 1974: 332; Moorhead, 1958: 63-64).

Después de más de un siglo y medio, no ha habido un balance cuantitativo de dichas relaciones de intercambio comercial, tanto en archivos norteamericanos (Santa Fe, Taos, Saint Louis,

Independence, Washington, Nueva Orleans, El Paso) como en los mexicanos (Chihuahua, Ciudad Juárez, México, Durango, Saltillo). Los mismos números proporcionados por Gregg habría que considerarlos con cautela puesto que provienen de los informes que proporcionaban los comerciantes a los periodistas de Missouri antes de iniciar su travesía anual rumbo a las tierras nuevomexicanas.

Como lo ha mencionado Max L. Moorhead, el primero que intentó emprender dicha tarea, el reto no es fácil. Por un lado, los archivos de Chihuahua y Santa Fe no están completos –aunque no los haya revisado alguien todavía para hacer un trabajo como el que planteamos aquí–, la documentación en Missouri está dispersa y no sabemos si completa, la de Washington no contiene los detalles y tampoco recibieron en la capital los reportes de todos los años y la de México debe estar incompleta porque tampoco se enviaban reportes con la constancia requerida. Para agravar la dificultad, hay muchos autores de la época que coinciden –y no hay por qué dudarlos– en que las actividades de contrabando reportaban enormes ganancias tanto a compradores como a vendedores que de esta manera evitaban el pago de gravosos derechos de internación y de consumo expresados como obligatorios en la legislación fiscal de la época. En pocas palabras, los problemas para poder llegar a una cuantificación real de la importancia del comercio en las regiones antes mencionadas son muchas, pero es un trabajo que hasta ahora nadie ha intentado (Moorhead, 1958: v-vi).

Si los números proporcionados por Gregg se tomaran con las reservas debidas y los consideráramos como indicadores tendenciales de los volúmenes trasladados de Missouri a Santa Fe y a Chihuahua –únicos puntos terminales que considera el viajero y comerciante del siglo XIX– se puede observar un aumento casi constante en el valor de las mercancías despachadas en Missouri destinadas a la ciudad de Chihuahua, llegando a acumular esta ciudad, entre 1822 y 1843, 41% del valor de los bienes procedentes de Missouri. El otro 59% se habría repartido en Santa Fe, Taos, Las Vegas y el resto de Nuevo México –donde se incluye a Paso del Norte–. Ahora bien, ni Gregg ni Moorhead, editor del trabajo, aclaran si la columna presentada en el cuadro del valor de las mercancías destinadas a la ciudad de Chihuahua incluye las que seguían con rumbo más al sur.

De cualquier manera, Weber (1982: 129) tiene justa razón al aplicarle un carácter meramente regional a la importancia del intercambio entre Missouri y Santa Fe. En términos nacionales, a ambos lados de la frontera, el peso del mercado era mínimo si se compara con el tráfico marítimo. Sin embargo, para los habitantes del norte de México, así como para la economía del extremo oeste de los Estados Unidos, la ruta comercial era *vital*.

Así mismo, resulta justo hacer notar que en este proceso de tejido comercial no fueron los comerciantes estadounidenses los únicos emprendedores. Desde Durango, Chihuahua y Nuevo México, algunos inversionistas calcularon mejores beneficios si dejaban de depender de los intermediarios extranjeros y establecieron sus propias compañías de abasto de productos de importación, utilizando la ruta trazada por la gente de Missouri.

EL COMERCIO Y LA DIPLOMACIA

Sin conocer todavía la magnitud real de los intercambios ocurridos entre Nuevo México y Missouri durante los primeros años de vida independiente, así como los del ramal de esta ruta mercantil, de Santa Fe rumbo a Chihuahua, pero teniendo la sospecha de que alcanzó a transformar muchas relaciones económicas tanto en la mitad norteña de Nuevo México³ como en la población de la antigua Nueva Vizcaya y más al sur, hay suficientes evidencias para afirmar que la puesta en práctica de estos vínculos, en principio económicos, fueron la pauta para que los enlaces diplomáticos y económicos entre México y los Estados Unidos resultaran afectados y hasta subordinados por el ejercicio del intercambio fronterizo.

En efecto, la frontera norte no era el único escenario del intercambio entre ambas naciones, pero la influencia de los grupos norteamericanos en su desarrollo alcanzó tal grado que se originó un constante estira y afloja en las propuestas y contrapropuestas intercambiadas por los gobiernos de Washington y la ciudad de México. Mientras los políticos y cabilderos en el norte clamaban por una apertura de la frontera norteña mexicana a los comerciantes y productos de los Estados Unidos debido a sus precios más bajos, la burocracia de los ministerios de relaciones exterior-

3. En realidad, sólo la parte norte de Nuevo México, a partir de Albuquerque, era la que daba vida al Departamento. Al sur, el único establecimiento importante era el Paso del Norte, que en varios momentos osciló como jurisdicción nuevomexicana y chihuahuense.

4. Ver Sibley, 1952.

5. Extraído del manuscrito original en la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, parafraseado por Manning, "Diplomacy concerning the Santa Fe road", 1915: 521.

res, hacienda y guerra tenían una nefasta influencia y la creación de poderosos intereses extranjeros en una región débilmente controlada desde la siempre centralista capital mexicana.

En un informe del gobernador chihuahuense José Ignacio de Urquidi al ministro de Relaciones Exteriores e Interiores el 13 de mayo de 1825, en medio de la polémica creada por la petición estadounidense para marcar un camino entre Missouri y Santa Fe,⁴ el ejecutivo norteño expresaba sus temores de la manera siguiente, descrita por William R. Manning:

Los angloamericanos, decía, conocían mejor la región que los españoles y los mexicanos; y por este conocimiento habían tomado ventaja de la ignorancia de los españoles para obtener sus recursos. El gobierno de los Estados Unidos promovió la migración a esta región, añadía Urquidi, y pensaba que el plan de abrir el comercio con México tenía la intención de reforzar tales asentamientos. Urquidi agregaba que si las antiguas restricciones comerciales se relajaban, las mercancías para los asentamientos norteños en México se reducirían hasta en un tercio de su costo, por lo que toda la gente estaría dispuesta a recibir a los anglos con los brazos abiertos. Él pensaba que este comercio ayudaría a civilizar a los problemáticos indios y sería una gran ventaja para el distante y separado Nuevo México; sin embargo, suponía que las consecuencias del aumento de angloamericanos en los territorios vecinos podrían provocar que un mayor número de indios cruzara la desprotegida frontera mexicana. El gobernador pensaba que debía hacer un gran esfuerzo para preservar la armonía con los Estados Unidos, pero que tales ventajas solo podrían concederse si eran compatibles con los intereses mexicanos. La región, del lado mexicano, declaraba, debía colonizarse por México y para tal efecto era necesario el incremento de fuerzas nacionales.⁵

El ministro de relaciones exteriores mexicano, don Lucas Alamán, hizo todo lo posible por retrasar el convenio del camino

aduciendo que, antes, ambos países debían llegar a un acuerdo general en cuestión de límites y comercio.⁶

Mas los puntos de vista de las autoridades en la ciudad de México no siempre coincidieron con las de las provincias alejadas como Nuevo México y Chihuahua. Mientras en la capital del país se trataba de contener la presión norteamericana por medios diplomáticos en general, en el norte la necesidad de un comercio constante con los norteamericanos era un hecho innegable. A todas luces, los habitantes del norte, como consumidores y vendedores, se beneficiaban en mayor medida con el mercado del Missouri que con el del sur y centro de México. Ángela Moyano plantea la cuestión como la paradoja entre intereses supuestamente nacionales y los de los habitantes del extremo norte de la recién formada República Mexicana. La solución a los problemas de sobrevivencia de toda esta gente era considerada como una amenaza a la soberanía nacional (Moyano, 1976: 25).

Pero los norteños realizaron una maniobra desesperada para lograr la oficialización del comercio entre las dos repúblicas, al menos en la ruta del Missouri a Nuevo México. En la misma primavera de 1825, Agustín de Escudero, diputado local por Chihuahua, inició un viaje hacia los Estados Unidos a fin de conocer el comercio y entender las instituciones de dicho país.⁷ A su paso por Santa Fe, el gobernador de Nuevo México, Bartolomé Baca, lo autorizó a entrar en arreglos con las autoridades norteamericanas para investigar robos y asesinatos cometidos por los indios en la frontera. En Saint Louis, el superintendente de asuntos indios condicionó su colaboración a la autorización mexicana para el camino a Santa Fe y a la firma de tratados entre mexicanos e indios para la protección de las caravanas (Manning, 1915: 523-524).

Por medio de la prensa, las negociaciones llegaron a conocimiento del ministro mexicano en Washington, quien de inmediato informó al Ministerio de Relaciones Exteriores del movimiento de Chihuahua y Nuevo México a espaldas del Ejecutivo central. Escudero no se quedó ahí y llegó hasta la capital estadounidense tratando de establecer pláticas con el gobierno general. La justificada llamada de atención de Relaciones Exteriores a la jefatura política de Nuevo México fue respondida por Bartolomé Baca de una manera un tanto ingenua de acuerdo con la legalidad actual. El gobernador de Nuevo México argumentaba, en primer lugar, que

6. Ídem; Bosch García, 1974; Zorrilla, 1965; Moyano, 1976.

7. Si fue un viaje por cuenta propia o comisionado por la legislatura o gobierno local, no lo sabemos con exactitud; pero las circunstancias del viaje y las entrevistas que concertó durante el mismo, hacen suponer que Escudero iba en representación, por lo menos, del poder legislativo de Chihuahua y, después, del gobierno de Nuevo México.

el viaje de Escudero entrañaba el deseo de felicidad de una región y que la expedición no había implicado costo alguno para el gobierno, puesto que el mismo diputado pagaba su viaje (ibíd., 524).

A final de cuentas, el tratado comercial se firmó en 1828, después de 14 conferencias bilaterales; los Estados Unidos lograron, por este acuerdo, el tratamiento como nación más favorecida (Moyano, 1976: 38). Pero no fue sino hasta 1831 cuando ambos congresos lo ratificaron:

Sólo el artículo que trataba del comercio de Santa Fe cambiaba, al permitirlo sin puntualizar las condiciones en que se fuera a hacer, y cuya discusión posponía para cuando se organizaran nuevas reuniones y se tuvieran a mano los informes topográficos que permitieran especificar el camino que seguirían las caravanas y los lugares donde se detendrían. (Bosch García, 1974: 186)

Debido a la tensión causada por las presiones norteamericanas para que México permitiera más libertades a los comerciantes del Missouri y por las sospechas cada vez más fuertes y fundadas de una acción estadounidense para hacerse de Texas, el 6 de abril de 1830 el gobierno mexicano decretó una ley de pasaportes bajo la cual todo extranjero debía registrarse ante las autoridades de México y declarar la finalidad de su entrada y los objetos que llevaba consigo, adjudicándose México la libertad soberana de negar la expedición de permisos de internación, de bienes o personas, cuando lo juzgara conveniente y de acuerdo con sus leyes. En un principio, el acatamiento a la norma legal resultaba difícil por la lentitud en las comunicaciones. Sin embargo, todo parece indicar que la ley se aplicaría a discreción, como lo deja ver Ángela Moyano:

En el Archivo de Relaciones Exteriores hay una nota del jefe político de Nuevo México preguntando al ministro si debía prohibir la entrada de los anglosajones sin pasaporte que llegarían en la caravana de julio de 1831 [la ley de abril de 1830 se conoció en Nuevo México hasta diciembre del mismo año]. Era de la opinión que muchos no sabrían de la existencia de la ley de

1830, y pedía instrucciones sobre si debía prohibirles la entrada a Nuevo México. Como la comisión subalterna de ese distrito no tenía otro ingreso que el proveniente de las caravanas comerciales que llegaban de los Estados Unidos, al prohibirse la entrada de muchos de esos mercaderes la hacienda pública del estado sufriría una gran pérdida y la comisión subalterna quedaría sin recurso alguno. Afortunadamente para él, la contestación fue de que sí se permitiera la entrada pero que tuviera buen cuidado de que regresaran a los Estados Unidos. Esa ley de pasaportes expedida en 1830 continuó siendo ignorada hasta 1841. Debido a la invasión texana, el Ministerio de Relaciones Exteriores mandó varias circulares recordando la necesidad de que los prefectos de Taos, Mora, Las Vegas y San Miguel del Vado revisaran los pasaportes de los extranjeros residentes en sus prefecturas. (Moyano, 1976: 98)

En 1843, las dificultades diplomáticas relativas al comercio de Santa Fe se vieron ensanchadas porque el gobierno nacional mexicano prohibió a los extranjeros el comercio al menudeo, medida interpretada por el ministro de los Estados Unidos como una política dirigida directamente en contra de sus conciudadanos. Se abrió de manera intensa el intercambio de notas, protestas y reclamaciones. Al año siguiente, el gobierno mexicano exentó de la disposición al comercio por el camino de Santa Fe, argumentando tan sólo que se había solucionado un problema de corrupción en el gobierno local y que la disposición no había estado relacionada con animadversión alguna hacia los estadounidenses (Bosch García, 1974: 190-191).

Texas ya se había declarado independiente de México y nueve años después decretó su anexión a los Estados Unidos. Las hostilidades diplomáticas en cuanto al intercambio mercantil subieron de tono y al estallar la guerra, en 1846, la ruta comercial de Santa Fe a Missouri se interrumpió sólo por las decisiones de los comandantes del ejército de los Estados Unidos. El gobierno mexicano, general y local, no actuó en contra de los intereses particulares de dichos comerciantes sólo hasta que pudo comprobar su apoyo a la invasión (Twitchell, 1909; Bancroft, 1889).

8. La actitud del ministro Alamán fue contraria a los intereses norteamericanos y sistemáticamente se opuso a una penetración estadounidense en la vida de México. Al mismo tiempo se deben tener en cuenta sus maniobras diplomáticas para lograr el reconocimiento del tratado de límites firmado por España y los Estados Unidos en 1821 y la firma de un tratado comercial favorable para México en 1828. Alamán era un profundo conocedor del sistema político norteamericano y sabía de las tendencias expansionistas implícitas y explícitas en la clase política de ese país.

Los temores expresados por Lucas Alamán ya desde 1824 acerca de la ascendente influencia de los comerciantes del Missouri en Nuevo México y Chihuahua fueron como una previsión de lo que sucedería en Texas en 1836 y diez años después en todo el país: la concreción de todos los sentimientos expansionistas norteamericanos sobre los territorios norteros de México, como lo menciona Moyano:

Lucas Alamán, en su informe de 1829 al congreso acerca de la situación en Texas, era de la opinión de que [...] “los Estados Unidos Norte [sic] han ido apoderándose sucesivamente de cuanto ha lindado con ellos [...] En vez de ejércitos de batallas e invasiones [...] comienzan por introducirse en el terreno que tienen en mira, ya a pretexto de negociaciones mercantiles y para establecer colonias”. Con su insistencia en retardar la apertura del camino de Santa Fe, Alamán salvó, aunque momentáneamente, el territorio de Nuevo México de la penetración norteamericana (Moyano, 1976: 93).⁸

GRUPOS DE PODER EN NUEVO MÉXICO

El desarrollo de grupos de poder regional en la Nueva España es una característica de la que todavía falta mucho por investigar pero cuya existencia es bien conocida. Nuevo México no podría escapar a ella, y así como el siglo xix mexicano es testigo del reforzamiento de dichos grupos, los pueblos de Santa Fe y Taos representan el fenómeno en la provincia más nortera del país.

Como se hará referencia al final de este trabajo, no existe una historia económica del Nuevo México y las crónicas y ensayos hasta hoy publicados apuntan escasas aportaciones para poder definir el quehacer productivo de la región durante el siglo xix, antes de la llegada de los ejércitos de los Estados Unidos en 1846. Si bien se ha insistido mucho en la importancia del intercambio entre Missouri y Nuevo México, poco se ha dicho sobre la producción en Nuevo México. ¿Qué intercambiaban los nuevomexicanos? Alvar W. Carlson afirmaba que en esa zona se criaban ovejas para consumo local aunque poco a poco se amplió su

distribución en tanto crecía la producción minera. La carne de borrego era la fuente de proteína animal principal para los trabajadores de las minas a lo largo de la cuenca del Río Grande. A partir de 1830, siguiendo a Carlson, se contrató el traslado de 15 mil cabezas anuales, complementadas con muchas más que se obtuvieron en Chihuahua, Coahuila y de mucho más al sur (Carlson, 1969: 26).

Las penurias de Nuevo México de alguna manera eran curadas con la producción ovina. Los dueños de los rebaños eran unos cuantos, pero requerían de pastores que cuidaran los animales. Esta forma de ingreso parece haber sido vital para la economía de la población. Agustín de Escudero, en su *Reseña histórica y estadística del Nuevo México* cita que la oveja es el medio de intercambio en la región y que la gente pobre salía de apuros al vender uno de estos animales o sus pieles. La magnitud de los rebaños puede imaginarse cuando se habla de que solamente los poderosos señores del Nuevo México vendieron un promedio anual de 200 mil animales durante 25 años, entre 1821 y 1846 (ibíd.: 27).

A partir de la publicación del trabajo de Josiah Gregg en 1843 (referido aquí en su edición de 1974), se generalizó la idea, bien fundada, del predominio de los comerciantes chihuahuenses en la vida nuevomexicana. El “monopolio de Chihuahua” tenía sus raíces desde la época colonial temprana, ya que el Nuevo México dependía del abasto de productos procedente del sur y el poblado principal más cercano era Chihuahua a partir de principios del siglo XVIII, como antes lo habían sido Parral, Santa Bárbara y Durango. De Nuevo México salían ovejas, lana, cueros de búfalo, ciervo y venado; piñones, sal, brandy, de El Paso, y algunos indios cautivos que eran trasladados como esclavos a las minas; a cambio, a Santa Fe llegaban productos de hierro y acero, principalmente armas y herramientas, telas del país e importadas, zapatos, toda clase de vestimenta, azúcar, tabaco, licores, papel, tinta y algunos libros. Ello provocaba un balance negativo en el intercambio mercantil de Nuevo México, por lo que sus comerciantes vivían en constante estado de deuda con los de Chihuahua (Moorhead, 1958: 49).

En el ámbito local, tanto en Santa Fe como en Taos y San Miguel –principalmente–, un pequeño grupo de funcionarios coloniales fue adquiriendo fuerza económica a través de actividades agropecuarias que después amplió hacia el intercambio de bienes

9. La modestia y nivel de la riqueza de estos "principales" nuevomexicanos está muy bien reflejada en el montaje museográfico de la *Hacienda Martínez* en Taos, cuyos propietarios eran representantes de la vieja guardia dominante en la región a finales de la era colonial.

10. Citado por Richard O. Ulibarri, 1963.

hasta establecer puestos comerciales que, aun de manera modesta, abastecían de algunos bienes básicos a la población del lugar.⁹

A partir de las crónicas e investigaciones publicadas, es difícil definir la importancia y magnitud de la influencia económica de la élite local, pues los académicos y viajeros norteamericanos, alemanes o franceses guardaban una actitud de menosprecio hacia los notables mexicanos. Manifiestan, eso sí, que algunos comerciantes de Santa Fe y Taos aprovecharon la apertura comercial a Missouri pero no se los menciona al detalle. Apellidos como Armijo, Otero, González, Perea o Vigil se encuentran en las escasas descripciones del comercio local. Evidentemente, todos estos escritores dan cuenta detallada de los comerciantes no hispanos, de sus hazañas, problemas y virtudes, convirtiendo sus trabajos en historias de los que llegaron a dominar Nuevo México y de la región misma, como si su desarrollo sólo hubiera girado en torno a dichos empresarios que llegaban del este (Beck, 1962: 115-116).

Hacia la década de 1840, los comerciantes mexicanos formaban parte de las caravanas entre Santa Fe y el Missouri. El *Nile's Register*, en septiembre de 1842, daba cuenta de que Armijo, Otero y Perea [sic] establecidos en Santa Fe, habían ido a Pittsburgh a pagar en oro pedidos superiores a los 5 mil dólares.¹⁰ Los Armijo, encabezados por Manuel, quien a la postre fuese el último gobernador de Nuevo México bajo el régimen mexicano, mantenían contacto permanente con distribuidores del este y poseían establecimientos en varios poblados del Nuevo México (Moorhead, 1958: 110). Antonio José Chávez cruzaba anualmente las praderas hasta Independence para abastecer su comercio (Gregg, 1974: 337). Juan Otero, establecido en Peralta, manejaba grandes cuentas con sus acreedores españoles asentados en Nueva York (Moorhead, 1958: 83).

De los comerciantes localizados en la ciudad de Chihuahua se sabe mucho menos a través de los escritos consultados. Si 41% de las mercancías que salían de la frontera missouriana llegaban a Chihuahua, ¿quién y cómo las distribuía? José González, Antonio Jaquez, Jesús Palacios y J. Calistro Porras se mencionan de manera superficial como miembros del grupo mercantil chihuahuense que también se integró a las caravanas del Missouri, pero siempre se los trata en función de sus socios o compañeros estadounidenses.

José González estaba asociado con James Magoffin y fue encarcelado junto con él por cargos de espionaje durante los primeros meses de la guerra entre los Estados Unidos y México; Jaquez y Palacios son mencionados sólo por ser los denunciantes de los anteriores y Porras por haber sido obligado por Doniphan a permanecer en el paraje de Valverde durante la campaña de ocupación del Nuevo México. Además, Porras es también descrito como un comerciante muy rico que desde Chihuahua mantenía lazos mercantiles con Nuevo México y la costa del Pacífico, además de que sus propiedades llegaban a sumar más de dos millones de dólares.¹¹

El personaje más simbólico y que aparece en la bibliografía nuevomexicana como el máximo líder de los grupos regionales es el general Manuel Armijo, quien durante tres periodos distintos ocupó la gubernatura del territorio. El ejercicio del poder por Armijo está calificado de distintas maneras por la historiografía y, como en este caso hemos hecho consulta casi exclusiva de trabajos realizados por cronistas e historiadores norteamericanos, no contamos con una semblanza más completa de este personaje.

Se puede decir, *grosso modo*, que no hay trabajo que no se refiera a Manuel Armijo y su familia como un grupo déspota, traicionero, corrupto e individualista. Desgraciadamente, para los escritores mexicanos de la historia, el balance que se ha hecho de este militar no lo ha favorecido tan sólo por el hecho de haber sido quien encabezaba el gobierno del Departamento cuando arribaron las tropas de ocupación norteamericanas en 1846. Es un hecho bien conocido el de que Armijo no haya presentado resistencia armada a la columna dirigida por el coronel Stephen Kearny en agosto de 1846 y que, en cambio, “huyó” hacia la ciudad de Chihuahua, dejando totalmente desorganizadas las milicias civiles que se enfrentarían a los invasores; de ahí el calificativo de traidor (Moyano, 1976; Twitchell, 1909; Bancroft, 1889; Moorhead, 1958; Susan S. Magoffin, 1926).

Pero las fuentes documentales han demostrado, por otra parte, que Manuel Armijo presentó resistencia a un intento de la República de Texas para anexarse el Departamento del Nuevo México en 1841, resistencia que llegó al grado de aplastar de manera humillante al contingente texano, logrando la aprehensión de la mayoría de los sobrevivientes que fueron trasladados hacia las

11. Ver Moorhead, *ibid.*

12. Binkley, "New Mexico and the Texan Santa Fe expedition", 1923, es un excelente trabajo basado en fuentes documentales que da cuenta con bastante claridad de la posición tomada por Armijo durante este conflicto; el problema de la invasión y respuesta nuevomexicana es tocado también por Moyano, 1976; Bosch García, 1974; Zorrilla, 1965, y Gregg, 1974.

13. Bancroft, 1889, lo menciona pero lo duda; Twitchell, 1909; Moorhead, 1958.

ciudades de Chihuahua y México, donde se les enjuició y castigó con prisión, a pesar de las presiones por parte del gobierno de los Estados Unidos.¹² Una pregunta que resulta lógica es, entonces, ¿por qué si se opuso a los intentos texanos, Armijo decidió no enfrentar las tropas estadounidenses?

Para algunos historiadores norteamericanos,¹³ la respuesta está en las hábiles negociaciones llevadas a cabo por el comerciante irlandés James Magoffin, que hablaba a nombre del presidente Polk y del senador Benton y que logró convencer a Armijo de que era inútil presentar cualquier resistencia a lo que ya había marcado el destino manifiesto. Después de seducir a Armijo, Magoffin hizo lo propio con el general Diego Archuleta, entonces secretario de gobierno y comandante de las milicias civiles. Las formas de persuasión irían desde la capacidad misma de convencer por su discurso a estos oficiales del gobierno local hasta el desembolso de fuertes cantidades de dinero, pasando por la promesa de una posición decorosa dentro del gobierno de ocupación del territorio, así como prebendas económicas. Nadie ha podido asegurar con evidencias la manera exacta de cómo se logró esa supuesta sugestión.

Con esto se ha querido decir que el haber convencido a dos individuos, ciertamente los de mayor jerarquía dentro de las instituciones oficiales mexicanas en el Departamento, fue más que suficiente para detener cualquier intento de respuesta de una población que se acercaba a las 30 mil almas en contra de una invasión militar por parte del ejército extranjero que además profesaba otra fe religiosa y mantenía una vida basada en costumbres poco propias desde el punto de vista mexicano de la época. ¿Puede un pueblo que había hecho causa común en su batalla diaria contra las depredaciones de los grupos indígenas hostiles y que se había mantenido sin mayores transformaciones sociales a pesar de la influencia de viajeros norteamericanos desde hacía treinta años, dejar pacíficamente que esa gente todavía extraña llegara a tomar su territorio, anular su incipiente ciudadanía y cambiarla por una ajena y desconocida?

Efectivamente, resulta difícil dar una respuesta positiva, y la misma historiografía estadounidense ha dado cuenta de la oposición organizada contra las fuerzas de intervención a lo largo y ancho de territorio de Nuevo México desde los primeros días de

la invasión. A pesar de las referencias, a veces muy extendidas y detalladas, todavía es complicado poder asegurar la magnitud de estas fuerzas de oposición y sus objetivos cumplidos. Si la respuesta violenta no se ha callado, a pesar de que así lo afirma Ángela Moyano, no hay un estudio claro y completo sobre este fenómeno.

CRECIMIENTO, TRADICIÓN Y TRANSFORMACIÓN

Fueron muchas las celebraciones que se le hicieron a la apertura del intercambio entre Santa Fe y Missouri, considerando también a la ciudad de Chihuahua. Una de las más repetidas es la de haber aportado a los habitantes de esas poblaciones un mejor nivel de vida por tener acceso a los mismos productos que gozaban los estadounidenses en su país y, además, a precios más bajos que los que pagaban cuando las mismas mercancías hacían el viaje desde los puertos de Veracruz, Tampico o Acapulco.

De esta manera, los mexicanos del norte pudieron adquirir carros, ropa y telas, joyería, bonetería, herramientas de diversos tipos, relojes, vidrio, artículos de cocina, envases de cristal, armas, parque y bebidas embotelladas. A cambio, nuevomexicanos y chihuahuenses pagaban con barras de plata, monedas fuertes, polvo de oro, mulas, ovejas, lana, pieles de castor o de búfalo. Es decir, los bienes manufacturados estadounidenses eran intercambiados por productos meramente primarios, con un mínimo de valor agregado. ¿Creció la economía de Nuevo México? No habría por qué dudarlo; mientras más intercambio se efectuaba, mayor cantidad de bienes era consumida por la población del lugar –quizá sólo por una parte de ella–, pero no se presentan visos de un desarrollo económico que hubiera implicado la transformación de las estructuras para pasar de una sociedad agropecuaria, productora de materias primas, a una con desarrollo tecnológico apropiado para elevar la productividad de las labores rurales e iniciar el proceso de manufactura de los bienes necesarios para la vida diaria. Como lo han apuntado varios historiadores estadounidenses (Weber, 1982; Bancroft, 1889), las relaciones de dependencia del Nuevo México sólo cambiaron de centro de dominio: de la ciudad de México o Chihuahua hacia los puestos fronterizos del Missouri, se elevaron los niveles de consumo pero no de pro-

14. Ver Sayles, 1974.

ductividad, así como tampoco se transformaron las estructuras económicas.

Por otra parte, varios autores han declarado las bondades del intercambio proveniente de Missouri como salvador para la economía nuevomexicana que se hallaba en constante déficit con Chihuahua y el resto de México (Moorhead, 1958: 65). Pero, como los mismos textos han demostrado, la capacidad de Nuevo México para responder a la cantidad de mercancías procedentes del este era mínima; sólo podría dar a cambio materias primas y algunos materiales con escaso valor agregado. Es indudable que el déficit sólo cambió de rumbo: ya no sería más con respecto a Chihuahua sino a Missouri.

BENTON Y EL DESTINO MANIFIESTO

Por lo menos desde 1819, políticos y oficiales del gobierno de los Estados Unidos manifestaron su interés por extender la frontera occidental hasta el Océano Pacífico. La adquisición de nuevos territorios fue un proceso constante a lo largo del siglo XIX y la nación más castigada en este sentido fue la mexicana, a la cual se le amputó 55% de su territorio entre 1836 y 1853. Uno de los aspectos que hizo más necesaria, desde el punto de vista de estos personajes, la expansión sobre territorios extranjeros, fue la apertura del intercambio comercial entre las poblaciones del Missouri y Nuevo México en 1821.

La promoción más intensa de esta necesidad expansionista fue la realizada por el senador de Missouri Thomas H. Benton entre 1821 y 1852,¹⁴ a quien podríamos calificar como un ministro sin cartera para México. Las gestiones de Benton estuvieron inscritas en los ámbitos que iban desde la protección a las actividades comerciales en la zona fronteriza, pasando por el trazado de caminos y la creación de empresas y cargos gubernamentales que lo pudieran hacer más efectivo, hasta la promoción y desarrollo de la guerra entre ambos países de 1846 a 1848.

En enero de 1825, el senador solicitó ante el Congreso de los Estados Unidos que se declarara de interés público el camino entre Missouri y Santa Fe, puesto que abriría la posibilidad de llegar a Chihuahua, donde había minas, así como a Durango, Sonora y Sinaloa, desde donde se llevaría a los Estados Unidos una se-

rie de materias primas necesarias para su desarrollo. En el viaje de ida hacia México, los intereses de varios sectores y regiones geográficas de los Estados Unidos se verían beneficiados, puesto que “El principal artículo dado en intercambio es aquel del cual poseemos en abundancia y que tiene la peculiar ventaja de formar el circuito de la Unión antes de partir de los territorios de la república –el algodón–, que florece en el sur, se manufactura en el norte y se exporta al oeste”.¹⁵

Además, el concepto en el que tenía Benton a los países del sur, antiguas colonias de España, lo obligaba a incitar a sus compatriotas para llevar a cabo una labor de educación y promoción de los valores de los países libres y desarrollados (representados por los Estados Unidos). Dibujaba así su labor “altruista” hacia los mexicanos: “La consolidación de sus instituciones republicanas, el mejoramiento de sus condiciones morales y sociales, la restauración de sus artes perdidas y el desarrollo de sus recursos nacionales, están entre los grandes resultados de la filantropía que anticipa tal intercambio”.¹⁶

A fin de proteger a los comerciantes de Missouri contra las medidas impuestas por las autoridades mexicanas, muchas veces calificadas de injustas, y a petición de ellos mismos, Thomas Benton promovió desde 1825 la designación de cónsules norteamericanos, uno en Chihuahua para negociar aranceles y defender a los comerciantes estadounidenses de cualquier posible injusticia, y otro en Santa Fe para tratar de garantizar que los indios no agredieran las caravanas comerciales (Sayles, 1974: 14).

Esta figura diplomática estuvo obstaculizada por mucho tiempo por los funcionarios mexicanos, quienes la condicionaron al reconocimiento pleno del gobierno de la República Mexicana así como a la firma de tratados de comercio y amistad entre ambos países para evitar malos entendidos y que los comerciantes norteamericanos se rieran sólo por las leyes de su país.¹⁷

El carácter de “irremediable” con el que la historiografía estadounidense etiqueta la conquista de los territorios del antiguo norte de México, se debe en parte a la efectiva insistencia del destino manifiesto, doctrina de la que fuera vanguardia el senador Benton. Para quienes defendían esa tesis, irremediable era la expansión, el destino llevaba de la mano a los estadounidenses hacia el oeste, pasando por encima de españoles, mexicanos e in-

15. Citado por Kate L. Gregg, editora de Sibley, 1952: 4-5.

16. *Ibid.*: 5-6.

17. Kate L. Gregg, editora de Sibley, 1952: 5; Bosch García, 1974: 179-191; Baur, 1963; Manning, 1915; Sayles, 1974; Zorrilla, 1965.

dios, apoyándose en instituciones propias de su forma de vida e imponiendo maneras de hacer las cosas.

LA GUERRA INTERÉTNICA

El constante y violento enfrentamiento entre grupos indios y colonizadores españoles y mestizos que había sufrido el norte de la Nueva España desde los inicios del mismo proceso de conquista en el siglo *xvi*, se incrementó debido a los intercambios iniciados entre comerciantes angloamericanos, franceses e ingleses de Missouri, Louisiana y la costa californiana con los pobladores originales de dichos territorios.

Una de las técnicas utilizadas para adquirir mayor número de pieles de castor y nutria (después de búfalo) era cambiarlas por alcohol y armas a las naciones indias de la vertiente del Pacífico, de las planicies, de la cuenca del Missouri y de las Rocallosas (Weber, 1982; Bosch García, 1974; Zorrilla, 1965). Una vez bien armados y con el pleno dominio de la habilidad para montar a caballo, estos grupos siempre hostiles a la presencia de los blancos fueron capaces de enfrentarlos con mayores ventajas; los objetivos más débiles fueron los españoles y mexicanos, que no podían mantener un constante proceso de intercambio de bienes con los osage, comanches, apaches, arapahos, pawnee, kansas, cheyenes y kiowas.

Por otra parte, la tenaz expansión de los “hacedores del oeste” fue empujando a multitud de indígenas hacia los asentamientos donde se hablaba español en el Nuevo México, Arizona, Chihuahua, Coahuila y Texas. Hacia 1830, una combinación de vacilante política hacia los indios por parte del gobierno mexicano y la fuerte presión demográfica por el norte y oriente significada por la cada vez mayor presencia de europeos y estadounidenses, agravó la situación, y la guerra interétnica se convirtió en una característica cotidiana dentro de un territorio muy amplio (González H. y León G., 2000).

Ante toda esta combinación de circunstancias, debe pensarse en las dificultades para consolidar un paso seguro de hombres y mercancías a lo largo del conocido como *Santa Fe trail* desde Missouri hasta al menos Chihuahua, Durango y Zacatecas. Los conflictos de la llamada “barbarie” contra la presencia cada vez

mayor de la llamada “civilización” fueron la marca del siglo XIX norteño.

Algunas consideraciones historiográficas

Los materiales utilizados para la redacción de este balance han dado pie a repensar algunas de las cuestiones tratadas por sus autores en cuanto a las formas y métodos de sus investigaciones y resultados finales.

La historia de los territorios que alguna vez pertenecieron a la Corona española y que posteriormente fueron parte de la República Mexicana está escrita en los Estados Unidos en relación con las actividades de los norteamericanos y no desde la perspectiva de quienes los ocupaban en ese entonces. Se han escrito historias de Santa Fe o Taos durante el siglo XIX, pero girando siempre en torno a Kit Carson, Charles Bent o los cónsules norteamericanos en el área, así como los eventos ocurridos en el entonces territorio de los Estados Unidos. Siendo mexicanos la mayoría de la población de la región y los que mantenían fuertes lazos económicos y políticos con los territorios de más hacia el sur (que no de manera exclusiva), lo más lógico sería buscar todas las relaciones que pudieron determinar los procesos vividos en el área durante esa época. Hasta hoy, pues, la historia de Nuevo México se ha escrito en función de los agentes externos que, si bien influyeron, han opacado la significación del elemento nativo que debió haber sido determinante.

La historia es el resultado de una práctica colectiva y no el quehacer de unos cuantos individuos importantes en su tiempo; la historiografía estadounidense ha sido muy parcial y dispareja en cuanto al tratamiento de los procesos en el llamado “gran suroeste”. En los textos hay tres sujetos importantes:

- a) Los norteamericanos, siempre encabezados por un valiente y arrojado general o aventurero, comerciante o cazador de búfalos e indios, un líder constructor del oeste y paladín de las instituciones norteamericanas en cada tiempo y en cada espacio; no sería difícil contar con un amplio directorio de nombres de personajes que recorrieron el camino de Santa Fe o participaron en los negocios o que hayan sido

parte de las expediciones militares contra los mexicanos o los indios.

- b) Los mexicanos, a quienes se menciona en términos generales, sólo unos cuantos merecen ser recordados por sus nombres (por lo general, los principales de los pueblos o ciudades y uno que otro comandante militar), pero casi siempre se habla de *los mexicanos* sin distinguir de cargo ni condición social, como si todos pensaran de la misma manera y tuviesen intereses en común. “Un mexicano”, “uno de Chihuahua”, “un personaje importante de Santa Fe”, son las formas de referirse a este grupo que, por lo demás, era el mayoritario hasta que llegaron los ejércitos invasores en 1846.
- c) Los indios, que a veces están diferenciados por su filiación étnica y sólo en contadas ocasiones hay referencias a nombres de individuos, simplemente son *los indios*.

Los juicios de valor vertidos por los mismos historiadores distorsionan de forma arbitraria los procesos que pretenden apuntar. Ya que han escrito sobre la vida del suroeste y de Nuevo México en particular, en torno a las figuras anglosajonas, los calificativos impuestos a “los mexicanos” o al “gobierno mexicano” o al “régimen español” llevan a situaciones empañadas o, de entrada, consideradas antagónicas con la manera de pensar norteamericana: leyes injustas, tratamiento salvaje, economía atrasada (sin describirla), autoridades despóticas, pueblo ignorante y servil, serían algunos ejemplos de términos utilizados por estos hacedores de la ciencia histórica.

A partir de esta revisión, se abre una serie de cuestionamientos e ideas que resulta importante desarrollar en el futuro. Al parecer, los planteamientos siguientes no han sido agotados en los materiales que ya existen sobre la historia de las relaciones entre Nuevo México y Chihuahua durante la primera mitad del siglo xix.

- a) La magnitud real del intercambio comercial, qué significó para Chihuahua, para Nuevo México y para Missouri, aunque para este último ya hay ciertos esquemas que quizá pueden aportar muchas ideas para emprender la misma tarea en las otras dos entidades. El análisis cuantitativo

permitiría saber hasta qué punto influyó el comercio en el crecimiento o estancamiento económico de Nuevo México y Chihuahua, evaluar los llamados monopolios chihuahuenses y considerar los beneficios reales que adquirieron las provincias nortañas de México.

- b) Es deseable una historia económica del Nuevo México durante el siglo XIX. En los trabajos revisados aparece una serie de ideas que desgraciadamente no se han agotado del todo: la cría de ovejas y mulas, el desarrollo del artesanado, los rasgos del mercado interno que fue posible desarrollar, los intercambios económicos interétnicos; la participación de la influencia norteamericana en el crecimiento de la región y el porqué de su no desarrollo, tal como se le considera al compararse con el crecimiento económico de los Estados Unidos en general.
- c) Interesante podría resultar una historia de los sentimientos hacia los norteamericanos: religión, costumbres cotidianas, artefactos, organización económica y política, sus relaciones con los indios. Algo que está muy incompleto es la respuesta de los nuevomexicanos hacia la invasión de 1846 y un análisis jurídico de la campaña del ejército de ocupación desde 1846 hasta que el territorio es oficialmente reconocido como parte de la Unión Americana (1850).
- d) Una biografía política de Benton con respecto a México y América Latina quizá podría dilucidar muchas cuestiones sobre la creación y aplicación de la Doctrina Monroe, la ideología expansionista de los Estados Unidos y una necesaria profundización en la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y México, sin que fuera por ello sólo de carácter diplomático. Los treinta años de trayectoria de Thomas H. Benton por el senado de los Estados Unidos merecen ser analizados desde un punto de vista imparcial y esto arrojaría muchas luces sobre la vida política y económica de México durante sus primeros años como país independiente, así como acerca de las complicaciones planteadas por su vecino nortño.

En términos de historia política y política histórica, el artículo de Sayles brinda una oportunidad para emprender un estudio del pensamiento geopolítico de Benton.

Resulta impresionante la prefiguración que se hacía el senador en caso de llegar los Estados Unidos, junto con México, según algunas referencias dadas por el mismo autor, a dominar la vida económica del hemisferio y del mundo. La ideología de Benton no sólo habla de un expansionismo territorial, sino de un mundo bajo la batuta norteamericana, y eso a principios del siglo xix.

- e) Por último, pero no menos importante, es la necesidad de escribir una historia profunda de los territorios perdidos por México entre 1836 y 1848 desde el punto de vista mexicano; tratar de destacar la acción y pensamiento de toda esa gente que vivió la época anterior a la invasión por las fuerzas estadounidenses, así como la invasión misma; considerar al elemento anglosajón, pero no como el polo de atracción de la obra, como ha venido sucediendo desde hace casi 150 años.

CONCLUSIÓN

El año de 1821 marca la realización de un rompimiento enorme de las estructuras económicas del extremo norte mexicano (Nuevo México y Chihuahua) y el occidente de los Estados Unidos (Missouri, Louisiana) al entrelazarse ambas en un proceso que determinaría un cuarto de siglo después el estallido de una guerra y la absorción de más de la mitad del territorio mexicano por los Estados Unidos.

Nuevo México fue abierto al comercio norteamericano, con lo que logró enormes beneficios económicos; Missouri se convirtió en estado de la Unión y sus representantes llevaron la voz expansionista hacia el oeste en el Congreso. Mientras el gobierno general de México era incapaz de poner en orden al país y de resolver los problemas de las entidades más alejadas del centro, éstas buscaron la forma de sobrevivir en un ambiente de penuria económica, hostilidad étnica y presiones del norte y del sur.

La expansión del territorio de los Estados Unidos hacia posesiones españolas y francesas hizo temer a los mexicanos por las actividades de colonización y comercio que se llevaban a cabo en

el norte. Los temores nunca fueron infundados y, para desgracia de México y los mexicanos de ese tiempo, resultaron ser ciertos. La población de los territorios que en 1848 pasaron a formar parte de los Estados Unidos, estaba muy alejada del sentimiento de peligro que rondaba por las mentes de los conocedores de la situación y sus posibles implicaciones.

Para el común de la gente, la presencia norteamericana en la década de los veinte y treinta del *xix* significaba, más que otra cosa, la posibilidad de adquirir bienes a precios menores y calidades superiores que los obtenidos vía el comercio proveniente del centro de México. Lo anterior no implica que la guerra de 1846 y la consiguiente pérdida del norte haya tenido un carácter inevitable; simplemente la situación de los nortños no era para tener otra actitud ante el comercio. La oposición a la presencia militar tiene todos los tintes de heroica, pero no hay datos disponibles para describirla e interpretarla. Las acciones del centro de México con respecto a este problema nunca se tomaron a tiempo, el poderío militar y económico estadounidense aplastó la resistencia de un país consumido por deudas, inestabilidad y pugnas entre grupos de poder.

La bibliografía consultada no es suficiente para medir las relaciones económicas entre Chihuahua y Nuevo México; el trabajo de archivo resulta indispensable y cualquier empresa dedicada a continuar este recuento deberá tener muy en consideración el factor de los comerciantes del Missouri, elemento esencial para comprender dichas relaciones.

En espera de ser tratados con rigor, se encuentran los archivos municipales de Hidalgo del Parral y Chihuahua; la fragmentada información que sobre aduanas existe en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, en el Archivo General de la Nación en la ciudad de México, así como en los fondos documentales que incluyen múltiples orígenes y poca organización, que se localizan en la biblioteca Zimmerman de la Universidad de Nuevo México (Albuquerque). La exploración no podrá declararse concluida sin un acercamiento para cerciorarse de las posibilidades de referencia que brinden archivos públicos en Santa Fe, Taos, Saint Louis, Independence, Washington, Nueva Orleans y El Paso.

REFERENCIAS

- ATHERTON, LEWIS E. 1982. "The Santa Fe trader as mercantile capitalist". *Missouri Historical Review* 77(1): 1-12.
- BANCROFT, HUBERT HOWE. 1889. *History of Arizona and New Mexico 1530-1888*. San Francisco: The History Company.
- BAUR, JOHN E. 1963. "The evolution of a Mexican foreign trade policy, 1821-1828". *The Americas* 19(3): 225-261.
- BECK, WARREN A. 1962. *New Mexico; a History of Four Centuries*. Norman: The University of Oklahoma Press.
- BINKLEY, WILLIAM CAMPBELL. 1923. "New Mexico and the Texan Santa Fe expedition". *The Southwestern Historical Quarterly* 27(2): 85-107.
- BOSCH GARCÍA, CARLOS. 1974. *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- CARLSON, ALVAR WARD. 1969. "New Mexico's sheep industry, 1850-1900: its role in the history of the territory". *New Mexico Historical Review* 44(1): 25-49.
- GONZÁLEZ HERRERA, CARLOS y RICARDO LEÓN GARCÍA. 2000. *Civilizar o exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua (siglo XIX)*. *Historia indígena de México*. México: Instituto Nacional Indigenista, CIESAS.
- GREGG, JOSIAH. 1974. *Commerce of the prairies*. Max L. Moorhead (ed.). Norman: The University of Oklahoma Press. [1844]
- MAGOFFIN, SUSAN SHELBY. 1926. *Down the Santa Fe Trail and into Mexico. The Diary of Susan Shelby Magoffin, 1846-1847*. Stella M. Drumm (ed.). New Haven: Yale University Press.
- MANNING, WILLIAM R. 1915. "Diplomacy concerning the Santa Fe road". *The Mississippi Valley Historical Review* 1(4): 516-531.
- MOORHEAD, MAX L. 1958. *New Mexico's Royal Road. Trade and Travel on the Chihuahua Trail*. Norman: The University of Oklahoma Press.
- MOYANO PAHISSA, ÁNGELA. 1976. *El comercio de Santa Fe y la guerra del 47*. México: Secretaría de Educación Pública.
- ROTHBARD, MURRAY N. 2014. *El pánico de 1819; reacciones y políticas*. S. L.: Innisfree.
- SAYLES, STEPHEN. 1974. "Thomas Hart Benton and the Santa Fe trail". *Missouri Historical Review* 69(1): 1-22.
- SIBLEY, GEORGE CHAMPLIN. 1952. *The Road to Santa Fe. The Journal and Diaries of George Champlin Sibley and Others Pertaining to the Surveying and Marking of a Road from the Missouri Frontier to the Settlements of New Mexico, 1825-1827*. Kate L. Gregg (ed.). Albuquerque: The University of New Mexico Press.
- TWITCHELL, RALPH E. 1909. *The history of the military occupation of the territory of New Mexico from 1846 to 1851 by the Government of the United States together with biographical sketches of men prominent in the conduct of the government during that period*. Denver: The Smith-Brooks Company.
- ULIBARRI, RICHARD O. 1963. *American Interest in the Spanish-Mexican Southwest, 1803-1848*. Salt Lake City: University of Utah.
- WEBER, DAVID J. 1982. *The Mexican Frontier, 1821-1846. The American Southwest under Mexico*. Albuquerque: The University of New Mexico Press.
- ZORRILLA, LUIS G. 1965. *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos 1800-1958*. México: Porrúa.